

In Memoriam.
Dr. Luis Alonso Castrillo (1929-2004)

C. Cuesta-Gimeno

Luis Alonso Castrillo nació en 1929 en Madrid. Aunque siempre unido a sus antepasados vascos, se consideró ciudadano universal, habitante de esta ciudad que no pregunta procedencias.

Se licencia en el año 1952, en la Universidad San Carlos de Madrid, formando parte de una brillante promoción de la medicina madrileña, a la que también pertenecen Pedro Zarco, los hermanos Rábago, Jiménez Casado, Casado de Frías, Palacios Carvajal, Teresa d'Ocon, Salmeron Vigil, Santiago Tamames y Vital Aza, entre otros.

Inicia su especialización cardiovascular en el Hospital de la Princesa y completa su formación en hospitales de acreditación máxima dentro la especialidad, como los Servicios de la Clínica Universitaria de Heidelberg (Alemania), el Hospital Brousseais de París (con profesores como Charles Duvost) y el Karolinska Sjinkhuset de Estocolmo, donde permanece durante dos años y de don-

de, además de con su formación, regresa con la que será su mujer y permanente compañera, Margaretta.

A su vuelta a España forma parte del Departamento de Cirugía Toracocardiovascular de la Ciudad Sanitaria La Paz, que dirige Cristóbal Martínez Bordiu, y en el que, capeando aplastantes razones políticas del momento, y también debido a ellas, existe la oportunidad de disfrutar de un intercambio permanente con la Universidad de Baylor, Houston (Estados Unidos), concretamente con el Hospital Metodista y con los Dres. De Bakey y Cooley; se crea de este modo un núcleo de futuros cirujanos con formación de una gran actualidad para ese tiempo.

Conozco a Luis Alonso-Castrillo en mayo del año 1977 en el tribunal de acceso a la adjuntía del Hospital Ramón y Cajal. Su presencia en ese tribunal, junto con el jefe del departamento, el Dr. Martínez Bordiu, y el representante de la Mesa de Hospitales, un destacado

miembro del Partido Comunista, insinúa el futuro conciliador de todas las tendencias políticas en la profesión, como en el país, y así mismo el carácter de árbitro democrático que siempre tuvo Alonso-Castrillo, y la tolerancia que demostró toda su vida, que a mí me ha parecido una lección de auténtica democracia, algo más allá de las ideologías. El aire paternal que en ese momento me pareció que tenía es un rasgo que nunca perdió y que en algunos momentos duros nos hizo sentir la verdadera presencia de un padre.

La prevención que existía hacia un servicio que se abría paso con el reconocimiento de la especialidad arrastraba, por otro lado, el entrecamillado de una procedencia heredada de la Cirugía Cardíaca y Torácica, algo perseguido en su momento, a pesar de lo frecuente del caso en esos años. Ello marcó el inicio con un fuerte grado de aislamiento, frente a otras escuelas existentes, señaladas por la fuerte personalidad de sus fundadores.

Sin embargo, creo que fue enriquecedora la posibilidad de incorporar conocimientos procedentes de distintas escuelas y desarrollar líneas de trabajo no enfrentadas, sino diferentes. Ello confirió un carácter de modernidad para la época, a una unidad que tenía que buscar su lugar a nivel nacional, su reconocimiento nada fácil en ese momento, dadas las connotaciones políticas del jefe del Departamento, que invitaban a tópicos que nada tenían que ver con la realidad de un equipo de tan diversa procedencia, formación e ideología.

Seguramente, la falta de criterios férreos que, como la historia ha demostra-



Dr. Luis Alonso-Castrillo.

do, no eran tan inamovibles, permitió huir de posturas encorsetadas que probablemente existían en otras escuelas de especialidades.

Dentro de sus aportaciones profesionales, matizadas por su humildad pero no por ello menos importantes, debemos destacar que inició la cirugía carotídea en el año 1973, de forma que, cuando inauguró el servicio del Ramón y Cajal en el año 1977, era una práctica de rutina, cuando todavía se teorizaba acerca de las ventajas del manejo médico. Incorporó así mismo la cirugía con pontajes protésicos, adelantándose a la vieja polémica acerca de las endarterectomías.

La evolución asistencial y docente del servicio en los años que el Dr. Alonso-Castrillo ha permanecido entre nosotros, fuera siempre de los círculos de poder teórico de la especialidad, ha dado la

razón al contenido real del trabajo en grupo: el peso asistencial y docente de un servicio orgulloso de sí mismo y de los médicos que en él se han formado, con una de las casuísticas de mayor peso en nuestro país.

Por su servicio ha pasado mucha gente que se ha llevado una forma de entender la profesión. Muchos de ellos han creado sus propias unidades (Jiménez-Cossío en la Ciudad Sanitaria La Paz, López-Quintana en San Sebastián, Del Río en la Clínica de la Concepción, Riera en la Ciudad Sanitaria La Paz, Egaña en San Sebastián, Puras en la Fundación Alcorcón).

Los años de trabajo al lado de Luis Alonso-Castrillo me han enseñado el lado humano de mi labor clínica, la importancia que en la formación de la especialidad y universitaria tiene no sólo el terreno profesional sino los aspectos éticos y humanos que deben acompañar a todo el que trata de convertirse en profesional de tan delicado y duro trabajo.

En 1993 se le diagnostica un aneurisma aórtico, una estenosis crítica de carótida y valvulopatía mitraórtica. Ante este envite del destino da una lección de confianza en sí mismo y sus discípulos poniéndose en nuestras manos para la triple cirugía.

Su vida desde entonces fue seguir en activo hasta su jubilación, seguramente recibiendo el calor que precisaba su nueva situación.

Mi reconocimiento a su generación, hoy jubilada o desaparecida, que fue capaz de importar, en momentos de aislamiento intelectual y profesional, una nueva forma de trabajar y una capacidad de enseñar, al margen de engoladas maneras y extrañas formas de llegar a la obtención de títulos de especialistas.

Mi homenaje personal a mi jefe es el compromiso de mantener vivo su espíritu conciliador.

Murió acompañado de su familia y de todos nosotros con el mismo ingenio y sosiego de siempre.